—Entonces, ¿me amas?

—Con toda mi alma.

Un abrazo les unió.

Un beso siguió al abrazo.

¿Por qué en aquellos momentos Riri se acordó de Adhemar? No lo sabemos. Quizá porque en otros momentos parecidos, y estando con el yanqui, se había acordado de Jacques, o quizá también porque Riri, además de ser una encantadora maniquí en casa de madame Yolande, era también una grulla.

Una grulla propietaria de un pez rojo.

De un pez rojo lo suficientemente estúpido para no poder aprender a nadar sobre la espalda.

Lo contrario de Riri.





BAÑO DE AMOR

La Novela Sugestiva

BAÑO DE AMOR

por

FERNANDO ALBURQUERQUE

Ilustraciones de
M E L

20

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo Madrid. Apartado: 8.012

LA NOVELA
SUGESTIVA

DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 13 MADRID



L salir del Ayuntamiento de Palmares, Dionisio se dirigió a la calle de San Juan.

Toda la mañana, mientras trabajaba como ayudante del secretario—«secretario del secretario» le llamaban a él entre burlas y veras—, había estado pensando en Aurora, su novia desde hacía ya varios años. Habían jugado juntos de niños, y su amor, el amor del muchacho al menos, era una cosa azul, profundamente bella y tan fuerte, que tenía Dionisio la certeza de que si le separaban de aquella mujer se moriría. Hija de un hidalgo arruinado de los que tanto y tanto abundan en los muertos pueblos españoles, Aurora había perdido a su madre de pequeña, y se había educado, primero, en el colegio de monjas de Palmares; luego, en uno de señoritas de Lorca, la ciudad más importante de las cercanas a su pueblo

natal. Pero desde que cumpliera los catorce años —ahora tenía diecisiete—, estaba Aurora en su casa, con su padre, una especie de Don Quijote, seco, largo y silencioso; pero con un alma completamente opuesta al inmortal personaje de Cervantes. Don Dimas (ya lo dice el nombre) era orgulloso, altivo, despótico, duro de corazón, implacable con el caído, no transigiendo jamás con las miserias ni las debilidades ajenas.

En cambio, Aurora..., ¡ah!..., era el reverso de su padre, o se lo parecía al novio, cuando menos. Rubia, muy rubia; blanca, muy blanca; con unos ojos grandes y rasgados, de un inimitable color de ámbar, que acariciaban al mirar; esbelta y erguida, sin ser alta en demasía, con los hombros anchos y el pecho altivo, grande y firme; alto el talle, que se abría luego en pomposidades magníficas en las caderas; todo su cuerpo, toda ella era como una divina e inmensa flor de carne, que incitaba al beso. Imposible imaginar nada más picantemente femenino que esta muchacha de diecisiete años, que tenía una sonrisa completamente de los cielos y un genio alegre, vivo, dicharachero, desbordante. Tenía a momentos la gracia pagana de las diosas de la mitología: de Ceres, de Minerva, de Cibeles, la fortísima, y a momentos la gracia delicada y frágil de las mujeres de ahora, de las mujeres de París, que son como muñecas frágiles, a las que no se puede tocar sin estropearlas, sin despintarlas... Y como ella se sabía guapa como

un cielo, con un encanto irresistible, con una simpatía que hacía de ella *la mujer más femenina* que imaginarse puede, su padre, el primero, y ella, después, habían ido concibiendo unas locas esperanzas de salvarse en la nave de aquella hermosura de este naufragio total de la casa hidalga. Don Dimas, que sabía de sobra que su hija era novia de Dionisio, no se cansaba de amonestarla dulcemente; y ella, tranquila, serena, *siempre muy mujer*, le contestaba a cada instante:

—¡No te apures, papá! ¿O es que me crees tan tonta que me vaya a casar con ese chico?

—Mejor dijeras pelagatos. Y si tú, que te mereces tanto, y, ¿por qué no decirlo también?..., ¡también yo!, fuéramos a destrozar del todo nuestras vidas por tu locura..., ¡sería cuestión de tirarse al río!

Pero el hidalgo tenía confianza en su hija. La conocía bien, y la sabía incapaz de cometer una tontería o un disparate. Aunque educada en este ambiente provinciano, Aurora había leído mucho, casi toda la biblioteca de su padre, que tenía libros excelentes, y, sobre todo, tenía un conocimiento innato de la vida, del mundo, de los hombres...

Pero ya era hora—pensaba la muchacha—de poner término a esta situación...

* * *

Dionisio llegó frente a la casa de su novia.

Aurora, con una de aquellas batas vaporosas con que andaba por casa, y que dejaban adivinar a medias sus encantos, recién bañada, recién peinada y arreglada (¡oh, no, no era ella una señorita de estas del pueblo sucias, con los dientes amarillos y que odiaban o desconocían el baño!), lo recibió en la misma puerta. Aurora odiaba las gazmoñerías de la reja, y sólo hablaba a través de ella con su novio de noche.

—¡Hola, Dionisio!

—¡Hola, cielo mío! ¡Jesús, qué guapa estás y qué ganas tenía de verte, chiquilla!

—Ya me habías visto esta mañana.

—Pero no te hablé. Te vi de lejos, cuando iba a la oficina. Y..., ¿querrás crerlo?..., no me dejas trabajar. ¡A veces, casi te maldigo!

Adivinó la chiquilla el piropo de antemano, y sonrió, mostrando sus divinos dientes en una sonrisa celestial, al tiempo que preguntaba:

—Pues ¿y eso?...

—Muy sencillo: porque no te me vas del pensamiento, de los ojos, de... la boca, la verdad. Te veo en todas partes; *te siento, te presiento*. Y... ¿te lo digo?...

—Sí; ya estoy acostumbrada a tus exageraciones. Di todo lo que quieras.

—Pues que, la verdad, desde que te di aquel beso en la boca...

—¡Calla, por Dios!—le atajó ella, fingiendo maravillosamente que se ruborizaba.

—¡Si es que no vivo! *Te siento* en mis manos, en mi cara...; *siento* esa mano tuya, de nieve y de fuego, apoyada en mi espalda, como cuando nos besamos aquella noche en tu huerto..., ¡y me ahogo!... ¡Di, Aurora! ¿Por qué no convences a tu padre para que nos deje casarnos?... Tú no eres una niña; vas camino de los dieciocho, ¡ya sabes que yo lo sé!; y yo tengo veintitrés años; es verdad que mi porvenir me inquieta un tanto..., que yo no soy nada, ni tengo nada para lo que tú vales, para lo que tú te mereces...; pero contigo, teniéndote a mi lado, pudiendo yo mirarme a cada instante en tus ojos, siendo tú ese tesoro que eres tú, mía... ¡¡ah, de qué, de qué cosa no me sentiría yo capaz, chiquilla de mi alma!!...

Parpadeó Dionisio, y la novia, casi emocionada al ver en los ojos del hombre dos lágrimas muy claras, bajó los ojos al suelo, y por su frente pasó una sombra. ¡Ah, y ella que había decidido *acabar* hoy para siempre con el novio!...

Sin embargo, sin embargo...

Aurora, con su clara inteligencia, comprendía, había ido comprendiendo, en estos días atrás, sobre todo, que ella misma, a pesar suyo, comenzaba a interesarse de más en esta aventura. Desde hacía varias semanas, los novios, por la misma fuerza de su amor o de su juventud, se besaban a cada instante cuando hablaban de noche... Y aunque

ella, Aurora, cauta y esquiva, no le dejaba al novio propasarse, lo cierto sí es que su carne ardía y su sangre se encabritaba demasiado en sus venas para continuar aquella exposición.

No; basta.

Frunció el ceño, sacó fuerzas de flaqueza y murmuró, como en tono pensativo:

—¡Pues, ya ves! Y yo que estaba esperándote esta mañana para darte una mala noticia.

—¿A quién, a mí?

—Sí.

—¿Una mala noticia?... ¿Qué?... ¿De qué?...

—¡Oh, una mala noticia... de nosotros; una noticia triste!... Es que..., ¿no sabes?..., papá no quiere que continuemos nuestras relaciones. ¡Anoche hemos tenido un disgusto terrible! Dice que por nada ni por nadie consentirá en que continuemos siendo novios. Y esta tarde me lleva al cortijo.

Quedó Dionisio tan asombrado, tan abatido, tan deshecho, al oír las palabras terribles, como si hubieran encerrado su sentencia de muerte.

La novia le vió pálido, lívido; mejor dicho, con los ojos muy abiertos, con los labios separados y muy blancos, sin parpadear, mirándola con una fijeza de demente o de alucinado.

Ella fué incapaz de resistir aquella mirada, aquellas pupilas acusadoras, apasionadas, y bajó los ojos al suelo.

Entonces, el novio estalló como en una catarata de palabras, que eran dulces, tiernas, crueles,



—Eres mía porque te quiero con toda mi alma.

feroces, rasgadas, casi canallas y amenazadoras, al fin:

—¿Qué dices?... ¿Qué es lo que dices?... ¿Tú?... ¿Tú?... ¿Mi Aurora?... Pero ¿es que te crees que tú tienes una vida aparte de la mía?... Pero ¿es que tú te crees, tú te figuras que podrás vivir lejos de mí, sin mí ni un instante siquiera?... ¿Tú puedes pensar que yo iba a continuar viviendo sin tu amor, sin tu cariño, sin tu presencia?... ¡Si eres más que mi sangre, y más que la luz de mis ojos, y el aliento de mi pecho! ¡Si eres la fuerza que me sostiene en la vida, la única alegría en esta existencia mía tan triste, de trabajo, de sacrificio, de soledad, viendo a mi madrecita tan vieja y tan pobre!... ¡Si no puede ser!... Y por tu padre, porque tu padre... ¿Pero tú crees que yo voy a creerme eso que me dices?... ¿O es que te han convencido, al fin, para que te cases con ese viejo, con ese usurero canalla que os ha arruinado como ha arruinado a todo el pueblo?... ¡Ah, porque si así fuera..., ¡calla, calla; no me interrumpas, mujer!...; ¡déjame que te lo diga todo, si no quieres que me mate o que te mate aquí mismo, ahora mismo!... Porque si tal hicieras, después *de lo que hay entre nosotros...*, que tú sabes que, menos ser mía, todo me lo has consentido..., ¡entonces!..., ¡¡ah, entonces yo tendría que pensar que tú eras... una mujer perdida, una mujer cualquiera, digna de terminar en un lupanar!! Y... ¡¡óyeme bien: yo no puedo creer que tú te apartes de mí para siempre; eres mía, porque te quiero con toda mi alma; eres mía, más mía que si ya hubieras sido mía en realidad, y entre tú y yo hubiera la dulce cadena de un hijo!! Y si tú... ¿Es que no me quieres?... ¿Por qué no tienes el valor de confesarlo?... ¡Calla, te digo! Si tú te apartas de mi lado, para casarte con ese tío..., ¡yo, ¿lo oyes bien?..., a ti y a él y al mundo entero!... ¡Ah, te acordarás de mí!... ¡Ah, qué infamia!...

Jadeaba el novio de tal manera, que tuvo que cubrirse el rostro con las manos para que la novia no le viera llorar, para no estallar en sollozos allí mismo, como un niño.

Aurora no sabía qué decir, qué contestar.

Su alma cruel, muy cruel, egoísta hasta un grado inverosímil, encontraba cierto placer áspero en este desenlace de «su historia». Era mejor terminar de una vez, y, para terminar, cualquier desenlace era bueno...

Moduló, al fin, unas frases que querían ser de consuelo para el novio: ella le quería, sí; pero... ¡su padre!..., ¡aquel padre que se oponía tan obstinadamente a sus relaciones!... Su vida era un infierno, y él no podía tener idea de lo que se sufría en esta casa...; además, él, Dionisio, acabaría por olvidarla; era bueno, encontraría otra muchacha que le hiciera feliz; fundaría una familia...

Era el clásico rosario de frases banales que se dicen siempre entre los novios cuando uno de ellos

quiere acabar la historia porque se siente hastiado, porque así lo exige su interés...

Dionisio la interrumpió levantando la cabeza, haciendo un gesto furioso, sin preocuparse ya porque ella viera sus lágrimas:

—¡Bien! Eso quiere decir que no te importa apartarte de mi lado, ¿no es verdad?... ¿Que no me quieres?...

Aurora iba a contestar.

Pero sonó un ruido a sus espaldas... en la puerta de cristales..., y la muchacha murmuró solamente, tendiendo la mano al novio y con un ademán algo teatral:

—¡Mi padre, Dionisio!... ¡Vete! Adiós para siempre... Yo te recordaré con cariño; pero es preciso que nos olvidemos. ¡Adiós!

Y desapareció.



LA VIRGEN EN VENTA



QUELLA misma tarde, Aurora y su padre se marchaban, en efecto, a su cortijo *El Mimbral*. Era el único que les quedaba, lo único que les quedaba, con el viejo caserón solariego del pueblo, y estaba también, como la casa, hipotecado varias veces. El viejo tartano, con el viejo caballote medio ciego, les sacó del pueblecito, llevándoles por entre huertas frondosas camino del *Charche*. ¡Ah, aquellos sitios! La vega se extendía en varios kilómetros alrededor de Palmares, por todas partes, y luego venían unas sierras mansas, con escasos manchones de pinares, con grandes claros de pasto, tomillares y jarales, donde se veían dispersos rebaños. Pero antes de llegar a las sierras, a seis o siete kilómetros del pueblo, el agua cantaba y reía por todas partes, huyendo escondida por los regatos festoneados de hierbas olorosas. Y era un re-

galo de los cielos, una caricia para los sentidos aquellos bancales siempre verdes; aquellas arboledas acogedoras, donde el viento salmodiaba constantemente; aquellos caminos aldeanos, aquellas viñas bien cuidadas que se extendían, como filas de un ejército disciplinado, hasta las laderas de las sierras grises, y el aire perfumado, y aquella paz que henchía el alma y el cuerpo de una serenidad maravillosa...

El cortijo de don Dimas ocupaba la cúspide de una graciosa colina, en cuya falda se extendían numerosas huertas. Un riachuelo corría por el fondo del valle, bordeado de cañaverales y praderas. Y enfrente, al fondo del paisaje y por el Norte, se alzaban, coronando una encrespada montaña, las ruinas de un castillo moruno.

Aun no hacía media hora que habían llegado al cortijo padre e hija, cuando se presentó un aldeano, jinete en un mulo, trayendo una carta para el dueño de la finca. Don Dimas le reconoció inmediatamente: era uno de los guardas del cortijo de *La Pineda,* que pertenecía a don Jerónimo, el rico tendero del lugar. Don Dimas, luego de saludar con un gruñido al emisario, abrió la carta, que decía así:

«Querido Dimas: Me han dicho que veníais al cortijo tu hija y tú, y como quiero hablar de varios asuntos contigo, te anuncio con Bartolo que mañana llegaré ahí. No te alarmes. Aunque *hemos de hablar de todo,* mi visita tiene esta vez un objeto

que me reservo, y que yo creo que te ha de agradar.

Yo estoy aquí en *La Pineda,* y llegaré a vuestro cortijo allá a las once.

Hasta mañana, pues; saluda a tu hija en mi nombre y tú recibe un fuerte abrazo de tu buen amigo, *Jerónimo.*»

* * *

Don Dimas llamó a su hija, la leyó la carta, y luego se encerró con ella en una pieza del piso principal del cortijo, que hacía de despacho y estaba llena, en realidad, de melones, de escopetas, de sillas de montar, de trastos viejos. Y le espetó:

—Escucha, Aurora: tú eres una muchacha a la moderna, una chica inteligente, digna hija mía..., y yo te tengo que hablar claro, ¿no es así?

—Sí, papá. Di lo que quieras.

—Bien. Verás. Ya sé que le has dado boleta a tu novio, el pelagatos ese del Ayuntamiento... ¡Menudo porvenir!... Me lo ha dicho Rafaela, nuestra criada; bien, así me gusta, hija mía. ¡Sentido práctico!... Ahora, al recibir esta carta de Jerónimo, ¡no sé si me equivoco!..., pero yo tengo que pensar que va a decidirse al fin. Sabes que te quiere desde hace tiempo; que en varias ocasiones me lo ha dicho, y que yo, la verdad, nunca lo he visto con malos ojos ni he encontrado la idea tan descabellada como tú... Es verdad que Jerónimo tiene sus años y está acabadito; pero, precisa-

mente... ¿Tú te crees que va a vivir muchos años? Yo me hago mucho cargo de las cosas, y no puedo pretender que tú quieras a ese hombre; pero, precisamente... Y tú sabes que Jerónimo es, en realidad, el dueño de toda nuestra antigua fortuna, el dueño del pueblo, porque con sus marrullerías, sus trampas, su tienda y su droguería se ha ido quedando con todo Palmares, ¡pero así, con Palmares entero! Casándote con él, serás inmensamente rica, y viuda, además, a la vuelta de muy poco tiempo; si rechazas de nuevo su proyecto..., ¡yo no quiero andarme con ambages ni con rodeos tratándose de mi hija!... Ya sabes que vamos al fondo, porque la ruina de mi casa es completa. Ahora, tú dirás.

Aurora había escuchado a su padre, disimulando una sonrisa, mordiéndose los labios.

Al fin, tras unos instantes de silencio, pronunció no más estas palabras, al tiempo que se levantaba y le echaba los brazos al cuello:

—¡Sí, papá! No tienes que decirme nada. Todo está aceptado.

Los ojos del viejo relucieron con inmensa alegría.

—¿De veras, muchacha?...

—De veras, papá. Puedes decir a don Jerónimo, si te habla de ello, que yo estoy conforme, que accedo al fin...

* * *

—¡Ay, señorito de mi alma, la noticia que le traigo!... ¡Se va *usté* a chupar los *deos*!...

Don Jerónimo, que estaba en mangas de camisa, miró a la emisaria, Anastasia, con un brillo nuevo en los ojos. La mujer llegaba en este instante del pueblo cabalgando en una mula.

—¿Qué pasa, mujer?... ¡A ver! ¿Tan buena es la noticia?...

—¡Ya lo creo, mi amo! Como *usté* no *pué* figurarse! Es de la señorita...

—¿De Aurora?

—Sí, señor, señorito. ¡*Ca* roto con don Dionisio! Pero *pa* siempre.

—¿Es posible?

—Ya *pué usté decilo*. Y ahora, la señorita y su papá, don Dimas, *s'han venío* al cortijo del *Mimbral* hará dos horas.

—¡Ah!, ¿están ahí?

—Sí, señor, señorito.

—Entonces... ¿dónde está tu marido?

—Ahí en la *güerta*. ¿*Quié usté* que lo *yame*?

—Sí, sí. Ve y dile que venga en seguida, que me va a llevar una carta. Y tú, no desaparejes la caballería.

—No, señor, señorito. *Deseguía* estoy aquí con mi hombre.

Y la guapa y gorda mujer del pueblo salió arreglándose el pañuelo amarillo que cubría su cabeza.

Al quedar solo don Jerónimo, pasó a su despacho y escribió una breve carta. Luego puso en el sobre la dirección de don Dimas, y la mandó

con Bartolo, el guarda y mayoral del cortijo, hacia el *Mimbral*.

Otra vez solo, el viejo avaro se salió al hermoso huerto de su finca. ¡Ah, qué finca ésta! Valía más de cien mil duros, y se había quedado con ella dando seis mil en hipoteca. Y así tenía otra, y otra, y otra, en relación interminable: casas en el pueblo, casas en Lorca y en Murcia, la capital de la provincia; casas en Madrid... ¡Oh, sí; era rico, muy rico don Jerónimo! Pero nadie hubiéralo pensado, al verlo siempre vestido con un traje lamentable, lleno de manchas y zurcidos; con alpargatas en su tienda o con gruesos zapatones viejísimos cuando salía a alguna de sus fincas. ¿Qué edad tenía, qué edad podía tener este hombre, más bien bajito, casi delgado, de rostro y manos terrosas, de tez avellanada en fuerza de no comer por no gastar, y con ojos hundidos de avariento?... No se sabía a ciencia cierta: cincuenta y cinco, sesenta, sesenta y dos... Lo cierto es que estaba muy bien conservado, a pesar de su aspecto lamentable. Porque, eso sí, era raro, revejido, casi repugnante; de una fealdad que incitaba a la risa: cada pelo del bigote le apuntaba para un lado, y tenía la boca seca y los dientes amarillos. Su rostro era completamente una patata.

Y este hombre o, mejor dicho, esta piltrafa de hombre era, ¡¡oh sarcasmos horribles de la suerte y del destino!!..., el hombre más rico y opulento de toda la comarca...

* * *

Cuando, al día siguiente, llegó don Jerónimo al *Mimbral*, padre e hija le hicieron un recibimiento alborozado.

El viejo avaro comprendió en seguida que su causa estaba ganada.

El padre, la muchacha, estaban completabente de su parte.

¡Ah, los milagros del dinero!...

En efecto, cuando, después de la comida opípara, los dos viejos amigos se perdieron por uno de los caminos que salían de la finca, y el ricacho puso la cuestión de confianza, don Dimas le contestó:

—Bien, sí; no sigas: Aurora está convencida. Ella accede. Y yo... ¡no tengo que decirte! Tú has sido uno de mis mejores amigos de toda la vida... Además, te debo muchos favores y, ¿por qué no decirlo?..., ¡mucho dinero también!

Don Jerónimo le abrazó, conmovido, murmurando:

—Ahora no me deberás nada, hombre. Yo seré tu deudor y ¡de qué fortuna!...

Y al pronunciar estas palabras, sus ojillos pitarrosos y menudos buscaron, desde lejos, con una obstinación casi dolorosa, la figura gentil de la muchacha, que iba a estremecerse de amor entre sus brazos, que le iba a dar el regalo fragante y perfumado de su cuerpo...

BAÑO DE AMOR

La boda se fijó para dos meses después. Don Jerónimo tenía prisa. Quería que se casaran en aquel mismo verano, a pretexto de que adoraba a la muchacha desde antiguo y ya había esperado muchos años; a pretexto también de que en su casa, gobernada por criadas y gentes desaprensivas desde que él quedara viudo, veinte años antes, todo andaba manga por hombro.

En realidad, el viejo disimulaba a duras penas su horrible apetito carnal por la muchacha. ¡Ah, una muchacha así..., una virgen más pura que el agua que aun no ha brotado de una roca, guardada en las entrañas de la tierra!... Y don Jerónimo paladeaba por adelantado los placeres locos, los raros deleites, los besos frenéticos: toda la gama de las caricias que él había ido conociendo en lechos de alquiler, con mujeres de alquiler, pagando siempre por adelantado!...

Pero... ¡qué diferencia de aquellas mujeres, de su propia mujer, la muerta, que era una aldeana, como él había sido, larga, medio bizca, herpética, que enfermó a los dos meses de casada..., a esta mujer, a esta Aurora, que era como una flor!...

Cada tarde, don Jerónimo, abandonando contra su costumbre el mostrador de su tienda, venía a la casa de *la novia*. Y *la novia,* muy impuesta ya de su papel, le recibía con halagos y con carantoñas, fomentando el deseo que adivinaba en los ojillos grises y medio muertos del avaro.

Hablaban en la salita del piano, en el comedor o en el gabinete donde cosía Aurora por las tardes. Las amigas, claro está que no venían. Y como Rafaela, la vieja criada y cocinera de la casa, andaba por allá, por la cocina y las despensas, que quedaban a un cuarto de legua o poco menos en este caserón inmenso, y don Dimas se iba al casino siempre desde tiempo inmemorial, *los novios* se quedaban solos. Y Aurora, perversa, refinada, con la rabia también de ver que tenía que vender su juventud, su cuerpo, sus caricias a este viejo asqueroso, inició pronto un juego equívoco y audaz, *para hacerle hincar el pico* al usurero, al *prometido*...

Se vestía mejor que nunca, poniéndose su ropa interior fina, que la mandaban siempre de Madrid, de Barcelona, de París..., y encima una de aquellas batas vaporosas que la moldeaban, arrollándose acariciadoras a sus muslos, a sus pechos, a sus

caderas... Como era verano, llevaba al aire los brazos y un gran escote en media luna; y con aquellas faldas tan cortas, con aquella ropa tan estrecha que ahora se estilaba, Aurora, al sentarse, con una picardía y una audacia que turbaban al *novio,* dejaba al aire, en vez de las piernas solamente, las rodillas, el nacimiento de los muslos por arriba, y por debajo, por debajo de sus ropas, los dos muslos, el principio de las caderas, las pomposidades de las nalgas y hasta ciertas penumbras dislocantes, entre sedas, y gasas, y puntillas, y lazos de oro de las ligas y de su rígida faja elegantísima, de *última*...

Además, al hablar, en cuanto se le sentaba el *novio* al lado, la perversa chiquilla se movía y accionaba mucho. Se inclinaba luego exageradamente sobre su costura (una costura convencional, que la servía para poner una pierna sobre la otra solamente), y, al hacerlo, la bata y las cintas del refajo de seda, y las sedas del ajustador y de la camisa, cedían, cedían, cedían, ya *manejadas* a maravilla por los movimientos de la muchacha, dejando al descubierto unos senos nada pequeños, altos, duros, erguidos, valientes, semejantes a dos soberbias magnolias, de blancura de nieve; un pecho de mármol, las líneas suaves, de arrebatadora belleza, de aquella cintura, a la vez grácil y maciza, que atraía los brazos con una fuerza irresistible...

Y don Jerónimo se encontraba envuelto en una serie de perfumes de los cielos, que le producían

por todo el cuerpo un cosquilleo de todos los diantres...

El olor de aquella carne joven, siempre lavada y perfumada; la vista de aquellas morbideces, de mujer *hecha* (parecía Aurora tener, en vez de dieciocho, veintiséis o veintisiete), el perfume de aquel aliento, la gracia de aquella criatura, que recordaba las mujeres de los grandes pintores italianos del Renacimiento, turbaban al *novio,* quitándole la serenidad, haciéndole enmudecer, dando a sus manos y a su cuerpo un temblor de deseo senil...

Aurora, perversa y refinada, lo notó desde el primer instante, y gozábase en aquella turbación del hombre, en aquel sufrimiento horrible que adivinaba en su *prometido*..., fomentando su apetito con cínica delectación...

Una tarde, el viejo no pudo contenerse y la dió un beso en un hombro.

Y como, contra lo que él esperaba, la chica apenas protestó, por pura fórmula, el avaro, a la tarde siguiente, la volvió a besar en un hombro, en un brazo y en su pelo, todo rubio y ensortijado, como las guedejas de una princesita de leyenda...

Ella le rechazaba tenuemente, débilmente, sin perder la sonrisa, dejando sólo un instante de coser, observándolo de reojo, divertida...

Dos tardes más, y don Jerónimo se atrevió a coger entre las suyas una mano de la muchacha, que no opuso resistencia... La llevó a sus labios, que parecieron animarse y vivificarse al contacto de

aquella piel satinada, de una fragancia de leche fresca, de un perfume de nardo recién tronchado, y la besó, larga, largamente, con un beso goloso y regalado que le hizo cerrar los ojos al fin...

Después, viendo que Aurora *consentía,* fué subiendo su boca por aquel brazo suave, suave, tibio, perfumado como el tallo de una flor, y, poniendo en la epidermis jugosa mil besos furiosos, apasionados, delirantes..., llegó al codo; siguió subiendo por el antebrazo, y, al llegar al hombro, la proximidad de la nuca, alargó su boca y cayó sobre aquella colinita de carne jugosa y cálida, con un beso de muerdo... Al mismo tiempo, sus manos sarmentosas buscaron un pecho duro, suculento, hundiéndose por entre las ropas del escote... Y, al fin, el hombre, enloquecido, pidió como uno que se muere de sed:

—¡Déjame que te bese aquí!...

Hizo saltar un pecho por encima del canesú, y ya iba a besarlo frenéticamente cuando Aurora, haciéndose un tanto atrás, murmuró en voz baja:

—¡Por Dios, Jerónimo! ¡Puede venir Rafaela!

Pero aquel «¡Puede venir Rafaela!» denotaba ya en la muchacha una *complicidad* que no pasó inadvertida para el *novio*.

Se hicieron más íntimas, desde entonces, las conversaciones de los dos. En la soledad del gabinete o de la sala, Jerónimo se atrevía, se fué atreviendo a hablar a la muchacha con cada vez más audaz libertad, como esta tarde:



—Tengo el orgullo de haberlas vencido a todas.

—¡Ah, cuando nos casemos!—decía el hombre con los ojos encandilados—. ¿Tú sabes lo feliz que yo voy a hacerte?... ¿Lo feliz, lo dichosa?... ¡No va a haber en el mundo otra mujer como tú! ¡Lo tendrás todo, toda mi fortuna... y todos los placeres, los que tú puedes presentir y los que nunca te has podido imaginar! Porque, ¿lo sabes?... ¿lo quieres creer?..., ¡con ningún hombre de la tierra hubieras podido tú llegar a gozar como vas a gozar conmigo!... Yo te lo juro. La mayoría de los hombres son brutos: van a... *eso* como los animales, como un caballo que monta una yegua, como un macho cabrío que va cubriendo a todas las cabras de un rebaño... Sí, son bestias; son como las bestias, que hacen... *eso* para perpetuar las especies, ¡y nada más!... ¡Pero yo!... ¡Pero conmigo!... ¡Ah, ya verás! ¡Voy a volverte loca, loquita, de todos los placeres!...

Aurora se ruborizó esta vez un tanto y no levantó los ojos de la costura.

El continuó, inflamándose cada vez más:

—¡Pero yo!... ¡Pero conmigo! Yo he estado casado, como tú sabes, y, además, he tenido varias mujeres en mi vida... Y... ¡¡ah, con algunas de ellas!!... ¡Ni una sola ha podido resistir todas mis caricias de una noche o de una tarde! Tengo el orgullo de haberlas vencido a todas, de haberlas hecho decir, cuando llegábamos a ciertos..., ¿cómo te diría yo?..., ¡*pasajes* del placer, a ciertos *momentos* del amor: «¡Basta, basta ya, por Dios!...

¡Basta ya, Jerónimo, que me muero, que me matas»!... ¡Ah, cuando nos casemos!...

Mientras hablaba, el viejo había enlazado a su novia dulcemente por el talle, y su mano izquierda había ido a posarse, atrevida, sobre la poma de uno de los senos. Y sentía la morbidez del pecho trepidante a través de las sedas de su bata y su refajo... Aurora, toda encendida esta vez, no le rechazó ya. Sin duda pensaba que todo o casi todo debía permitírselo a este hombre, que iba a ser su dueño dentro de unos días...

Por último, ella, fingiendo que hacía un esfuerzo; fingiendo mucho más rubor y mucha más turbación de lo que en realidad sentía, alzó la cabeza y posando en los de él la magia de sus ojos de oro, se atrevió a preguntar, en voz de soplo, con un acento de curiosidad infinita:

—Pero... ¿qué es lo que hacen?... ¿Qué es lo que se hace?... ¡Porque yo, la verdad, no puedo comprender, no puedo adivinar!...

El rostro del viejo tomó ahora una expresión de sátiro bestial.

Era donde él esperaba a la muchacha: en el capítulo de las confidencias amorosas, en el punto escabroso de las descripciones brutales... El quería ir «haciendo adivinar» a Aurora todas las perversiones y todos los vicios... Precisamente la deseaba con locura y ardía en impaciencias por tenerla entre sus brazos, para darse de nuevo aquel *baño de amor* que le enseñara una *cocotte* en uno de sus viajes a Madrid: la única vez en su vida que se había decidido a gastarse mil pesetas en una espléndida mujer.

Y don Jerónimo se extendió en una serie de detaller turbadores, enervantes, descarnados, que hacían ponerse a la muchacha encarnadísima unas veces, un tanto pálida otras..., al ir escuchando y entreviendo los abismos de la pasión sin fondo de la carne...

* * *

Después de la boda, y por huir, tanto de la cencerrada como del visiteo de todo el pueblo, los novios (¡rediez!) se marcharon, en un auto nuevísimo, hacia *La Pineda*. Aurora misma, a partir de aquellas tardes en que empezó a consentir el *parcheo* en toda regla de su prometido, comenzó también a dar órdenes al que iba a pasar a ser su esclavo; quería casarse con todo boato y todo lujo, con fastos desconocidos en el pueblo; quería que les hicieran un *chalet* en las afueras, a estilo francés, con cuarto de baño, con calefacción, con garaje y todos los refinamientos; quería que se compraran dos automóviles y que viniera un chofer forastero, de Madrid o de Barcelona; quería que se hicieran obras en *La Pineda*, en *El Mimbral*, en *La Hondonada* y en otros varios cortijos que iban a ser suyos; quería que el ajuar se hiciera en el *Printemps*, de París; quería... ¡poco menos que la luna! Y el novio, ciego y loco por ella, decía a todo que sí

y daba las órdenes o escribía las cartas en cuanto ella apuntaba un deseo, lo mismo que un cordero.

Y cuando Jerónimo, las dos o tres únicas veces que el hombre, dominado por su avaricia ante la enormidad de los gastos exigidos por la novia, había vacilado un tanto, entre sonrisas crispadas y nerviosas, Aurora, que ya tenía con él *casi todas las confianzas,* le decía, echándole los brazos al cuello seco y sarmentoso :

—¡ Bueno, tú verás, nene mío : si no me compras los dos autos..., si no me haces el chalet que te pido..., *¡no hay azucarero!*

Y el novio había ido cediendo a todo.

Las gentes se agolpaban en las calles para ver pasar a los novios.

Iba todo el pueblo, mejor dicho, la mitad iba en el desfile y la otra mitad estaba por esquinas, aceras y balcones... : el juez, el registrador, el alcalde y la alcaldesa, los tres párrocos. los dos ex diputados del distrito, los presidentes y los socios de los tres casinos, los frailes de San Agustín, las hermanitas de los pobres, los nenes del asilo, la guardia civil ; ¡ nadie faltaba !

A más de los dos autos de los recién casados figuraban ¡ hasta veinte ! en el desfile, cosa jamás vista en este pueblo ; luego seguían cuarenta o cincuenta *galeras* y otras tantas tartanas, y delante de los carruajes, pie a tierra, iban los señores, cuyas esposas habían quedado en la iglesia o seguían en los carruajes al acompañamiento.

Al fin, al llegar a la Alameda, se rompió la formación para despedir a los novios.

Cerca de una hora de besos, de abrazos, de apretones de manos...

La gente del pueblo gritaba sin cesar :

—¡ Vivan los novios !...

Y don Jerónimo, mejor dicho, las gentes de don Jerónimo, por orden ya aceptada de Aurora, echaban al aire puñados de calderilla, de caramelos, con tal cual peseta entremezclada...

—¡ Vamos, Dimas !—se encaró ahora con el padre de la novia el boticario don Romualdo—, que no te quejarás. ¡ De esta hecha pagas hasta en la botica !

Pero el cínico hidalgo no se inmutó ante la andanada, y repuso :

—¿De esta hecha?... ¡ De esta hecha lo que hago yo es *calzarme* medio pueblo ! Ya somos ricos en casa ; de modo que si quieres algo...

La broma tuvo éxito y se repitió de corro en corro.

Mientras tanto los novios habían subido a su automóvil.

Al partir sonó una estrepitosa salva de aplausos, entre vítores y cohetes y la Marcha Real, ejecutada por la charanga del pueblo.

Aurora no vió que junto a las largas ventanillas de su auto soberbio un rostro joven rozó el cristal, y unos ojos ahondados por la fiebre y el insomnio examinaron el interior opulento de aquella

caja de bombones movible... Ni vió que aquel rostro se descomponía con un rictus de dolor infinito, de infinito sarcasmo, mientras unos puños se crispaban en lo hondo de unos bolsillos.

Y aquel hombre quedó allí, revuelto entre la multitud, viendo alejarse el carruaje que se llevaba a los recién casados.

Sus ojos se cerraron con infinita desesperación, mientras sus labios murmuraban con amarga ironía:

—¡Ah, las mujeres!... ¡Quién me hubiera de decir a mí que Aurora, la chiquilla de nardo, iba a venderse!...

Aquel hombre era Dionisio.

* * *

Las órdenes de don Jerónimo habían sido terminantes: en *La Pineda* no había nadie cuando llegaron los recién casados, más que Bartolo y su mujer. El chofer fué despedido, ordenándosele que volviera al pueblo y que no viniese hasta que le avisaran, dentro de cuatro o cinco días.

Cenaron solos los novios, servidos por Anastasia y por Bartolo, que se desvivían por atenderles. Por los balcones abiertos de par en par del comedor entraba el aire de las huertas, de las sierras, de los campos dormidos: un complejo conjunto de perfumes a acacias en flor, a hierbas silvestres, a regatos, a la tierra recién regada... Un silencio infinito parecía caer desde el cielo estrellado. Y Aurora experimentaba, no la honda alegría de la novia que ve al fin realizadas sus ilusiones junto al hombre querido, sino la rabia brutal de la mujer que ha tenido que venderse para salvarse de la miseria.

Su único consuelo, en medio de esta rabia feroz que la mordía el alma, el corazón, el pensamiento, como lobos rabiosos, era el pensar «que ya era muy rica»... y que pronto, muy pronto, iba a ser libre...

Porque Aurora tenía un plan audaz, feroz, de inverosímil sutileza para salir triunfadora de esta aventura descarnada, de este episodio brutal de su vida...

Terminó la cena y los novios se retiraron a la alcoba nupcial.

Era aquí y en las cuatro o cinco estancias vecinas donde se habían realizado las principales obras de reforma del cortijo.

Tapiceros, albañiles, carpinteros y electricistas habían venido de Murcia y de Valencia, espléndidamente pagados por don Jerónimo, cuya conducta tenía maravillada a toda la comarca. La alcoba, con su cuarto de baño, con su gabinete entre columnas, estaba soberbiamente tapizada y decorada.

El lecho, los dos armarios, las dos mesitas de noche, el soberbio tocador de Aurora, todo era suntuoso, opulento, con una majestad de muebles de «nuevo rico».

Las luces estaban elegantemente disimuladas por huecos y hornacinas, o quedaban discretamente veladas bajo pantallas modernistas de colores.

Don Jerónimo cerró la puerta que les separaba del mundo..., y Aurora corrió al inmediato *boudoir* a desnudarse. Estaba vestida con traje sastre, un lindo traje sastre que se pusiera a media tarde al llegar al cortijo.

Pero don Jerónimo no la dió tiempo de nada.

Cayó sobre ella por sorpresa, como una catapulta, y la desnudó entre desgarrones, empujones y risas nerviosas de la muchacha, que le rechazaba blandamente.

Saltaban al aire las carnes de rosa de Aurora, los hombros, los senos, el vientre...; iban cayendo sobre la alfombra suntuosa las prendas delicadas de su ropa interior, rasgadas por las manos del sátiro..., y el sátiro se desnudaba también enloquecido de lujuria... Y fué allí mismo, sobre la alfombra, la posesión brutal, apocalíptica de la hembra por el macho enloquecido... Aurora le veía a la luz de las lámparas, delgado, casi esquelético, y sin embargo, encendido como los machos cabríos de la leyenda. ¿Tendría pesuñas en este instante el marido odioso y bestial?... La sujetaba, la golpeaba, la apretaba contra el suelo, la hacía cambiar rápidamente de postura, para mancillar todas sus carnes, para violar todos sus encantos, para

babear con la baba sepia de su boca, semejante a la de las langostas que asolan los campos, todos los secretos de la virgen estuprada.

Aurora lanzó, al fin, un grito...

Y quedó inerte, medio deshecha, sobre aquella alfombra que había sostenido su cuerpo en el instante inolvidable de la inmolación...

El *baño de amor* vino después.

Fué ya en el lecho, suntuoso, y solemne como un altar de una religión bárbara.

Allí fué donde don Jerónimo, luego de dejar transcurrir media hora, puso su cuerpo herpético y seco y asqueroso como el cuerpo de un bicho o de una alimaña junto al cuerpo dorado y nevado de Aurora; allí fué donde sus manos sarmentosas desfloraron, acariciaron y mancharon los senos olorosos, los hombros blancos, los muslos como columnas de un templo griego, los brazos finos y delicados, la espalda suave, el vientre pequeñito, de gracia sensual, las pomposidades majestuosas de las caderas... Allí fué donde su boca se sació de todas las ternuras, de todas las monstruosas caricias, y donde sus ojos pudieron al fin contemplar la montaña inaccesible de tanto tesoro como encierra el cuerpo de una mujer joven y jamás mancillada...

Y durante cinco o seis horas, hasta que las claridades del nuevo día apuntaron por encima de las montañas, el hombre estuvo hundiéndose una vez, y otra vez, y otra vez, con delicia siempre crecien-

te, con un placer cada vez más infinito, entre besos de monstruosa ternura, en aquel *baño de amor* que había sido la obsesión de su vida desde que lo iniciara en él la *cocotte* de Madrid.





Le había convertido Aurora, en menos de medio año, en una espléndida real hembra. Le probaba *aquella vida* de placeres continuos, de locuras de la carne con el viejo..., a más de una absoluta soberanía sobre todo el pueblo, sobre todo cuanto la rodeaba.

Ya les habían terminado el *chalet*, y el matrimonio vivía en la nueva casa, en las afueras.

Aurora triunfaba.

Todo el mundo, todo el pueblo la rendía espléndido vasallaje, e incluso su marido no hacía más que lo que ella quería en realidad.

Don Jerónimo declinaba; había empezado por declinar su voluntad, entontecido y embrutecido por las locas caricias que ahora le prodigaba Aurora cada noche... Porque, cosa extraña, ahora era ella, la mujer, la que llevaba la voz cantante y la

iniciativa en el lecho conyugal. Había podido observar cuáles eran los placeres y las caricias que agotaban más rápidamente al hombre..., y se complacía en prodigarlas. De este modo, don Jerónimo se iba convirtiendo en un pelele: estaba flaco, esquelético, con el belfo colgante, con un temblor senil en las manos y en la cabeza, y en sus ojos un último brillo de lujuria y de deseo...

En cambio Aurora estaba gruesa, opulenta, soberana, magnífica...

Se mostraba altiva, dura, orgullosa, decidida..., y su carácter había recobrado aquella nota de alegría y de desparpajo que siempre había tenido, sólo eclipsados un instante en aquellos meses que precedieron a la boda...

Y porque ella lo quería, el matrimonio viajaba casi constantemente, yendo a Madrid, a Barcelona, a París...; y porque ella lo quería, don Jerónimo había traspasado el negocio de la tienda y de la droguería; y porque ella lo quería, iba a morirse pronto...

* * *

—Bueno, ¿sabes?

—¿Qué?

—Que nos marchamos mañana.

—¿Adónde, chiquilla?...

—A Madrid.

—¿A Madrid?... Pero... ¿A Madrid?... ¡Si aun no hace quince días que hemos venido de allá!

—No importa; nos vamos. Lo digo yo, y nos vamos. ¿O es que te vas a dedicar ahora a llevarme la contraria?

—¿Yo? ¡Pobre de mí!... Yo no hago más que lo que tú quieras.

Y el bueno de don Jerónimo, aquel hombre que se había pasado la vida exprimiendo al prójimo para robarle hasta el último céntimo, indiferente al dolor del padre de familia, de la viuda desvalida, del huérfano, del mendigo, del deudor..., elevó los brazos al cielo como poniéndolo por testigo de su claudicación.

Era Aurora la que manejaba el dinero en esta casa también, y ella misma abrió ahora el cofre fuerte y sacó de él veinte mil pesetas.

Se las iban a llevar para el viaje.

Desde un mes antes había en el pueblo una grata novedad: el tren.

Un ramal del ferrocarril de Lorca había llegado a Palmares, y esto era una gran alegría en el pueblo.

Aurora, con tal motivo, había sentido quintuplicarse sus deseos de viajar. Y de este modo, como ella pensaba, tenía siempre a caballo a su marido, que ya no estaba más que para sopitas y buen vino, y al que no harían ningún bien aquellos trastornos y aquellas largas noches en el tren...

Al día siguiente se marchaba, en efecto, el matrimonio, en un reservado de primera.

Les despedía todo el pueblo servilmente, como de costumbre.

Y Aurora, al ir a subir a su departamento, acompañada de sus mejores amigas, que la adulaban sin cesar, vió que... allá, por los terceras, por la cola del convoy, subía también Dionisio, su antiguo novio.

No recordaba a cuál de sus criadas le había oído decir días atrás que Dionisio se iba colocado a Madrid.

Partió el tren..., y a Aurora la quedaba el resquemor, la extraña tristeza humillante de aquel encuentro.

Se alegraba, en el fondo, de que se marchara Dionisio del pueblo, ya que su antiguo novio era la única sombra que podía haber en aquella triunfal carrera que era ahora su vida... Pero..., ¿por qué esta inquietud de ella, esta preocupación, esta especie de rabiosa tristeza?...

¿Acaso le seguía queriendo?...

En la rabia contra Jerónimo, en la furia que dormía en su alma desde que aceptó aquella boda vergonzante, ¿iba también la semilla del amor tronchado de Dionisio?... ¿Habría ella sido más feliz, mejor dicho, realmente feliz casándose con aquel muchacho tan bueno, aunque tan pobre?... ¡No sabía!... Presentía no más que había una vida más noble que la suya; que en la existencia de una mujer puede haber y caben ciertas satisfacciones que ella no había gustado jamás, que ya

no podría gustar nunca: la satisfacción del deber cumplido, la alegría del amor verdadero colmado, la dulce confianza con un esposo bueno, joven; la santa alegría de unos pequeñuelos hijos del amor, del gran amor de la juventud... Y, en fin, el dulce y fuerte orgullo de haber sabido sostener contra todo el mundo la verdad de nuestros sentimientos por encima de todos los prejuicios... Ella, en cambio, ¿qué había sido?... ¿Qué era?... ¡Una pérfida, una... perdida que habíase vendido vilmente a los treinta dineros de este hombre miserable, repugnante, viejo!... ¡Ah, qué angustia!...

Procuró distraerse luego mirando el paisaje, charlando a ratos con Jerónimo.

Pero en Murcia vieron a Dionisio, que les saludó muy amable; en Alcázar, ya cerca de medianoche, lo volvieron a ver en la fonda de la estación, y al otro día, a las puertas de Madrid, lo vieron de nuevo en el restaurante del convoy. Y Aurora, aunque procuraba disimular su turbación, sentíase atraída, ganada también por la tristeza melancólica de aquellos ojos que la miraban con inmensa dulzura, con una especie de piedad, como diciéndola: «¿Qué has hecho, desgraciada? ¿Cómo has podido preferir esta riqueza inmunda en que ahora te mueves a la sana y blanca y alegre mediocridad, tan llena de honradez, que yo te ofrecí?»...

* * *



Y la desnudó entre desgarrones.

Al llegar a Madrid se volvieron a saludar al salir de la estación.

—¿Dónde van ustedes? — preguntó Dionisio, como si le alentara una vaga esperanza.

—Al Ritz—repuso Aurora, ya otra vez muy dueña de sí en este ambiente de elegancia y de opulencia.

Don Jerónimo masculló unas palabras banales y el matrimonio subió al ómnibus del hotel elegante.

Dionisio, con su maletita de quinto, subió a pie la rampa de la estación. Fué a alojarse en una modestísima casa de huéspedes de la calle de Santa Isabel, muy cerca del hospital.

Venía a ver si se colocaba, aunque en el pueblo dijo que ya estaba colocado en la corte, de temporero de consumos.

¡Qué contraste entre la vida de aquella mujer que fué su novia y su propia vida de miseria!...

Aquel día, el otro, el otro y el otro también, estuvo Dionisio recorriendo Madrid de punta a punta, en una especie de mendicidad, esa mendicidad de los que buscan obstinadamente trabajo en una ciudad hostil y extraña. Y cada tarde, cuando ya sus fuerzas se rendían, iba el muchacho a sentarse en uno de los bancos de la plaza de la Lealtad, mirando desde lejos, por encima de las arboledas, las chimeneas y los cimborrios y los balconcillos más altos del edificio del Ritz.

Era como una adoración muda y romántica a la

mujer que le había enloquecido de amor en otros tiempos.

No sentía celos del marido; no podía sentirlos de aquel viejo decrépito, asqueroso, que compró la hermosura de la muchacha y su alma también, que, por lo visto, también se vendía, como se compra una casa, un automóvil o un caballo de lujo...; en cambio, ella, la antigua novia azul, le inspiraba ahora, junto al viejo amor dormido, emponzoñado por la traición y por el desastre, una especie de loco deseo de mancillarla, de mancharla, de verla poseída, *birlada* al viejo inmundo que era su dueño, haciéndola pasar por prostituta ante sus propios ojos... ¡Ah, si Dios hiciera un milagro, el milagro de!...

Dionisio interrumpió su pensamiento al llegar aquí.

Una mano se había posado en su hombro, al tiempo que una voz muy dulce decía a su lado:

—¡Muchacho! ¿Pero eres tú?

Se volvió, y el asombro le puso en pie.

¡Era Aurora!

—¡Aurora!... ¿Tú?... ¿Dónde vas?... ¿Con quién vas?

—Ya lo ves: sola. Vuelvo de hacer unas compras...; pasaba por aquí; me ha parecido reconocerte y me he acercado. Y tú, ¿qué hacías aquí a estas horas?...

Dionisio no contestó al pronto.

Miraba a aquella mujer, envuelta en un rico

abrigo de pieles color ceniza, cubierta de joyas, con su lindo sombrerito de *última*..., y sentía a la vez deseos de besarla hasta el mordisco, y de escupirla, y de golpearla... Al fin fué más poderoso en él el sentimiento de dulzura..., y la cogió de un brazo y tiró de ella, diciendo suavemente:

—¡Ven, ven conmigo! ¡Tenemos que hablar! ¡Es preciso que hablemos mucho, mucho!

Y en cuanto se alejaron dos pasos, porque ella, sorprendida, se había dejado arrastrar por el jardín en sombra, Dionisio comenzó a decir a borbotones:

—Estaba aquí por ti, ¿lo sabes?... Sólo por ti... No para verte, que nunca pensé que te podría ver, sino porque es más fuerte que yo este cariño mío por ti; ¿lo sabes bien?... Y estaba aquí pensando, como no hago más que pensar desde aquel día, que Dios no puede consentir esta infamia..., que ha de ocurrir algo...: ¡o que *él* se muera, o que te mueras tú..., o que me muera yo, o que nos parta un rayo a los tres antes de que pueda continuarse esta infamia...; esta infamia de que tú seas de ese hombre y no mía..., porque esto no puede consentirse! Y estaba aquí pensando que yo soy un cobarde desde el momento en que *todo esto* tan horrible ha ocurrido ante mis ojos y yo no he tenido valor para matarme o para matarte a ti y a *él*... y que tú has hecho la noche en mi vida, y que tú vas a ser la causa de mi muerte, Aurora!...

Se paró, cubriéndose el rostro con las manos, como si fuera a sollozar.

Y esta vez sí: esta vez el muchacho estaba muy sereno.

Había sabido encontrar, gracias a su dolor horrible, un acento sincero para sus palabras mentidas.

La mujer, emocionada, adivinando *la aventura*, se abrazó a él en silencio, y él la besó, diciéndola luego:

—¡Ven, ven conmigo, chiquilla!... ¡Es preciso que *esto sea*, si no quieres que me vuelva loco!

La metió en el primer taxi que cruzó vacío.

Y allí... ¡Oh qué loca delicia!... La abrazó con una rabia que hacíale hundir sus dedos en las carnes duras y tibias de la mujer de nardo y de canela... Sus bocas se encontraron, y fué ella misma la que le mordió los labios con una especie de rabia ciega... ¡Ah, un beso así, de juventud a juventud, que hace olvidar todos los rencores!... ¡Dionisio mordía también aquellos labios de grana, sin acordarse ya de sus celos, de su amor romántico y espiritual!... Ahora veía sólo junto a su lado la mujer joven, *una mujer joven* adorable, blanca y cálida, tibia y dulce como una flor que se tronchara toda sobre él como un inmenso corazón!... Sí, era un inmenso corazón lo que palpitaba entre sus brazos... Dionisio subió las faldas de la mujer a la boca y se agachó para llenar de besos locos los muslos de mármol, las piernas, las rodillas,

ciertos lampos de piel que dejaba escapar la faja de goma, muy corta, de última; el nacimiento de una cadera de la muchacha de cristal...

—¡Tú, tú!—gemía sordamente—. ¡Me muero de ti, me ahogo; dame, dame!...

La besaba más, mancillando sus carnes, sus encantos... Había rasgado, con ansias infinitas, la corbata de su blusa de encaje y hecho saltar el ajustador... Y la gloria de los senos, blancos y dorados, había surgido, llenando el pequeño ambiente del coche de un perfume intenso de amor y de canela.

—¡Ay, así, así, así; bésame así!—suspiraba ella, jadeando, muriéndose poco a poco, echando hacia atrás su busto magnífico y ofreciéndose, toda blanca, vencida, con una delicia de los cielos.

Y él mordía y mordía, besaba y besaba, sin saciarse nunca, ebrio de triunfo, enloquecido de amor y de deseo...

De pronto el auto se detuvo en seco.

Estaban a la puerta del *meublé* cuyas señas había dado Dionisio al chofer previamente.

—¡Ay, lo que lo siento!—suspiró Aurora, jadeando, acariciando aún a Dionisio.

—¡Anda, arréglate un poco y bajemos!... Es en el entresuelo...

Bajaron. Aurora apenas se había puesto un poco en orden sus ropas, tapándose luego con su soberbio abrigo de pieles.

Dió un brinco y desapareció en el portal, mientras Dionisio pagaba al chofer.

En seguida se le unió, y los dos subieron la escalera, muy linda y elegante, con recia alfombra, llena de macetones.

El entró delante y, sin hablar con nadie, se dirigió a una de las alcobas que tenían puesta la llave en la cerradura.

Aurora entró delante, estremecida de delicia. Dionisio la miraba, asombrándose de la audacia, de la serenidad, del cinismo de la mujer...

Diríase que había estado ya muchas veces en estos sitios vergonzosos, y sin embargo, a Dionisio le constaba que era la primera vez que engañaba a su marido.

Cerró la puerta tras él y tiró el sombrero sobre un mueble, corriendo a estrechar a Aurora contra su seno.

Ya no sabía si la quería o si la odiaba. Estaba ciego de deseo, vibrante de pasión, enloquecido de rabia, con aquella ardiente acometividad y aquel instinto de destrucción que acompaña al apetito genésico cuando llega al paroxismo.

Había empujado a Aurora hacia atrás, y la derribó contra el lecho, bajo y majestuoso. Luego él mismo le quitó el sombrero, el abrigo, el traje de crespón de seda..., y comenzaba a rasgarle las lindas ropas interiores. Cayó al suelo el refajo y Dionisio hizo saltar los broches y los lazos de las ligas y la faja. Luego tiró de ésta para abajo y se la quitó; por último, sacó de un tirón, rompiendo los lazos de los hombros, la lindísima camisa, de dos

palmos, y le quitó los pantalones, unos pantalones cortísimos, *de última,* heliotropo, como toda su ropa interior, y que eran exactamente de gran cocota. Dionisio se sentía envuelto en una ola de tibieza y de perfumes de carne joven que le enloquecía, y sus manos irreverentes iban besando y recorriendo todos los encantos de la mujer, que, desnuda ahora, empujada al lecho por el hombre, aparecía contra la colcha bermeja, como una inmensa flor viviente y blanca.

¡Oh, qué hermosa era!

Dionisio la veía, con su rostro tan femenino encendido como una hoguera, los ojos cerados y la boca muy roja, como una herida entreabierta, implorando por sus besos. Parecía una mujer de treinta años, pues estaba gruesa, corpulenta, magnífica.

—¡Déjame, déjame que te bese toda!—pidió él con voz ahogada y seca.

Ella le dejaba hacer, toda entregada, con una delicia creciente, y la boca de él fué recorriendo todas las bocas y los encantos de ella... Ultimamente, con una furia que le hacía trepidar como un epiléptico, la abrazó como deben abrazar los sátiros, haciéndola lanzar un leve y glorioso grito de victoria y de placer y dolor al mismo tiempo...



UNOS golpecitos discretos sonaron en la puerta.

—¡Adelante! — dijo Aurora, que se estaba limando las uñas.

Entró un criado, entregando una tarjeta al señor, a don Jerónimo, que murmuró en seguida, con su rostro de momia descompuesto en una agria sonrisa:

—Hombre, ¿no sabes quién viene a vernos?

—¿Quién?—repuso Aurora sin levantar la cabeza y en tono distraído.

—Dionisio, tu antiguo novio. ¿Qué te parece?

Aurora contuvo un imperceptible movimiento de todo su cuerpo de diosa y contestó, encontrando el tono exacto de indiferencia que convenía al momento:

—¿Y qué ha de parecerme, Jerónimo? ¡Por Dios, no seas ridículo!... Será una visita de cor-

tesía, una amabilidad del muchacho. ¿O es que te vas a sentir ahora tú Otelo?...

—¡Yo, no; líbreme Dios, mujer!...

—Hay que ser formales, hombre...

Y volviéndose al criado, que esperaba al final del enorme salón anejo a las habitaciones del rico matrimonio en el hotel, añadió en voz alta:

—Dígale usted que pase.

Dionisio apareció poco después en el umbral con gesto sonriente. Traía en la diestra un gran *bouquet* de flores, que entregó a Aurora con una gran reverencia a lo Luis XV.

—Muchas gracias... Pasa... ¿Pero por qué te has molestado?

—Nada de eso. El gusto de saludarles, y de paso traerles este pequeño recuerdo. ¿Cómo estás, Aurora?... ¿Cómo le prueba Madrid, mi querido don Jerónimo?

—Bien, muy bien. Estoy encantado. Un poco flojo, porque voy teniendo mis años; pero contento de ver contenta a Aurora, que parece que lo pasa muy bien.

—Yo sí, la verdad. Este Madrid...

La conversación, muy animada, quedó pronto reducida a los dos jóvenes. El viejo, en pie (no había querido sentarse, como para darle a entender al intruso que molestaba y que la visita debía ser corta), les miraba, un tanto crispado, y sonreía con una sonrisa de cadáver. Y su sonrisa se heló oyendo de pronto decir a su mujer:

—Oye, Jerónimo, tú ibas a salir, ¿verdad? Pues no te esperes por mí, porque he pensado otra cosa y no saldré ya esta mañana. Y como Dionisio es de confianza...

El vejete estaba vestido, en efecto, para la calle.

Dionisio, que no hay que decir había venido al hotel con la esperanza de encontrar sola a su amante, se puso en pie por pura fórmula; pero Aurora le contuvo con un gesto y con estas palabras, pronunciadas en un tono dulce y como acariciador:

—No; no te vayas, Dionisio; precisamente me alegro de que hayas venido para preguntarte algunas cosas del pueblo... Dicen que te quedabas aquí colocado...

—Así parece.

—Y tú, Jerónimo, no te detengas. Márchate, hombre. Este está enamorado del Retiro, ¿sabes? Ya te digo que yo no voy a salir. ¡Ah!, y al regreso tráeme bombones de La Pajarita, ¿sabes? Subes en un taxi a la Puerta del Sol en un momento. No se te olvide.

Era una orden, y el vejete no se atrevía a desobedecer jamás a Aurora. Desobedecer a esta mujer, entre cuyos brazos él se iba derritiendo en todos los placeres, era verse condenado a dormir lejos de ella, a no sentir ¡en toda una noche! la piel satinada y perfumada de la muchacha de nardo sobre su pobre piel seca de reptil, que se reavivaba al contacto de la carne fresca y jugosa...; era verse privado de las formas locas del amor en que Aurora

había llegado a ser maestra... ; era verse condenado a pasear solo por las calles de Madrid, a ir solo al teatro o al cine... ; porque Aurora, muy impuesta de su papel *de hembra* que prodiga sus favores, había echado un genio terrible y trataba al marido a puntapiés.

Sonrió, pues, de un modo nervioso, violento, y dijo, dirigiéndose a coger el sombrero :

—Bien, mujer ; me voy, no pases pena... Esta, en cuanto viene alguien, ya no se acuerda de mí ; parece como si le molestara... En fin, Dionisio, mucho gusto en verte... Supongo que te volveremos a ver si te quedas en Madrid.

Y se marchó con un sentimiento de humillación, de vergüenza, de rabia..., aunque sin sentir más que unos levísimos celos, por el hecho de dejar sola a su mujer con su antiguo novio. Una cosa era que él experimentara un cariño enorme por Aurora y otra suponer que ella... ¡Ah, no ; por Dios !... ¡Ni pensarlo !...

Se fué al Retiro con cierto dejo de amargor en la boca y en el alma.

Y apenas había salido a la calle, Aurora, que ya espiaba por los visillos, corrió, cerró por dentro la puerta del salón, la del cuarto de baño y la de la alcoba, y arrastró a su amante al lecho, todavía sin hacer...

* * *

Desde aquel día las citas de los amantes solían ser en el hotel mismo. Se valían del teléfono, y Aurora avisaba a Dionisio en cuanto estaba su marido ausente.

Otras veces se veían en los *meublés* del centro, con un descaro tan grande, que el amante comenzaba a experimentar cierta inquietud. ¿Cómo no se enteraba don Jerónimo de todo?

Esta mañana, al ir a salir de casa Dionisio, se vió detenido por un paisano que vivía en la humilde casa de huéspedes también. Se llamaba Serafín y era un bohemio, un hampón que andaba por Madrid a salto de mata. Le pidió cinco duros, y Dionisio amablemente se excusó.

—Chico, perdóname, pero no puedo dártelos ; te mentiría si te dijese que no los tengo ; pero hasta que no vea si me coloco...

Y se marchó a la calle, dándole esquinazo.

Serafín se quedó rumiando su fracaso.

El hampón hacía varias semanas que le seguía los pasos a Dionisio. ¿Adónde iba tardes enteras, mañanas enteras, él solo siempre, con sus mejores trapitos? Serafín husmeaba algo. Y esta mañana, con la rabia sorda de su fracaso, le siguió desde lejos.

Le vió llegar al Prado y sentarse en un banco, cerca del Museo de Pinturas. Y poco después vió llegar a Aurora, estrecharse la mano y subir los dos al primer taxi que cruzó.

Serafín apretó los dientes, al tiempo que una

sonrisa de felino torcía su boca de labios gruesos y sensuales.

Y murmuró a media voz, haciendo seña a otro coche vacío que subía Prado arriba:

—¡Ay, ay, ay!... ¡Me parece que de esta hecha te vas a ver con unos cuantos miles de pesetas en el bolsillo, querido Serafín!...

Abrió la portezuela, se embutió dentro y gritó al chofer:

—Siga usted a aquel coche, ¿sabe?

—Sí, señor, sí.

Los dos autos corrieron en dirección a la Puerta del Sol y luego se detuvieron cerca de la plaza del Callao.

Serafín vió a la pareja penetrar en un *meublé* elegante y muy conocido.

Entonces, sin apearse del coche, ordenó al chofer que le llevara al Hotel Ritz.

Allí preguntó por don Jerónimo, que le recibió seguidamente.

—¡Hola, Serafinito! ¿Qué es de tu vida?... Mucho gusto en verte. ¿Sigues aún de estudiante crónico? Yo no sé cómo tu padre no te ha matado. ¿Cuántos años hace que estudias la carrera de leyes?

—¡Uf!—opuso el cínico haciendo un gesto inmenso—. Doce o quince años... ¡Y lo que te rondaré! Me va bien así. ¿A que no adivina usted a lo que vengo, don Jerónimo?

—No. ¿No es a verme, a vernos?

—Sí, a eso, a verle a usted; pero a darle también un disgusto muy grande.

—¿A mí?

—Sí, señor. A usted.

—¡Hombre, tú dirás!

—Un disgusto terrible, y por el que me tiene usted que dar dinero encima, mucho dinero.

—No te entiendo. Si no te explicas...

El bohemio consideró al vejete unos instantes. Estaba especializado, en sus largos años de estrecheces y miseria en Madrid, de juergas, jaranas y desorden, a dar *sablazos* con éxito infalible, y se dijo que jamás se le había presentado un negocio tan redondo como éste.

Tragó saliva, pues; se puso los pulgares en las sisas del chaleco y le espetó al otro:

—Bueno, mi querido don Jerónimo. Ahora voy a explicarme, y perdóneme usted si le hacen daño mis palabras. Pero el caso es que su mujer le engaña. Su mujer...

—¿Eh?

—Sí, señor, sí; no me mire usted con esa cara. Le traigo las pruebas. Le engaña en este instante.

—¿Qué dices?...

—Sí, señor; eso. Le engaña en este instante, y yo he venido a decirle a usted esto: si usted me da unos miles de pesetas que me hacen falta, le cojo a usted y le llevo al sitio en que está ahora mismo con su amante, y usted los ve con sus propios ojos.

El rostro del viejo, de lívido que se había puesto al principio, habíase tornado ahora azulenco, con unas manchas rojas en los pómulos que le daban un aspecto siniestro. Sus ojillos grises y diminutos despedían unas llamas terribles, y sus manos sarmentosas y secas se habían crispado, como en una anticipada estrangulación. Y todo en él, su boca seca y curtida, negra, con negros dientes; su cuerpo agarrotado; sus brazos, que le colgaban hasta las rodillas, como los de los gorilas, y el gesto siniestro de su rostro de antiguo *exprimidor* del prójimo, todo parecía decir sin palabras: «¡Ah, como sea verdad, con qué terrible delicia voy a ahogar a la... perra entre mis manos!»...

Serafín, muy sereno, muy tranquilo, casi sonriente, estaba liando otro cigarro y oyó al viejo decir:

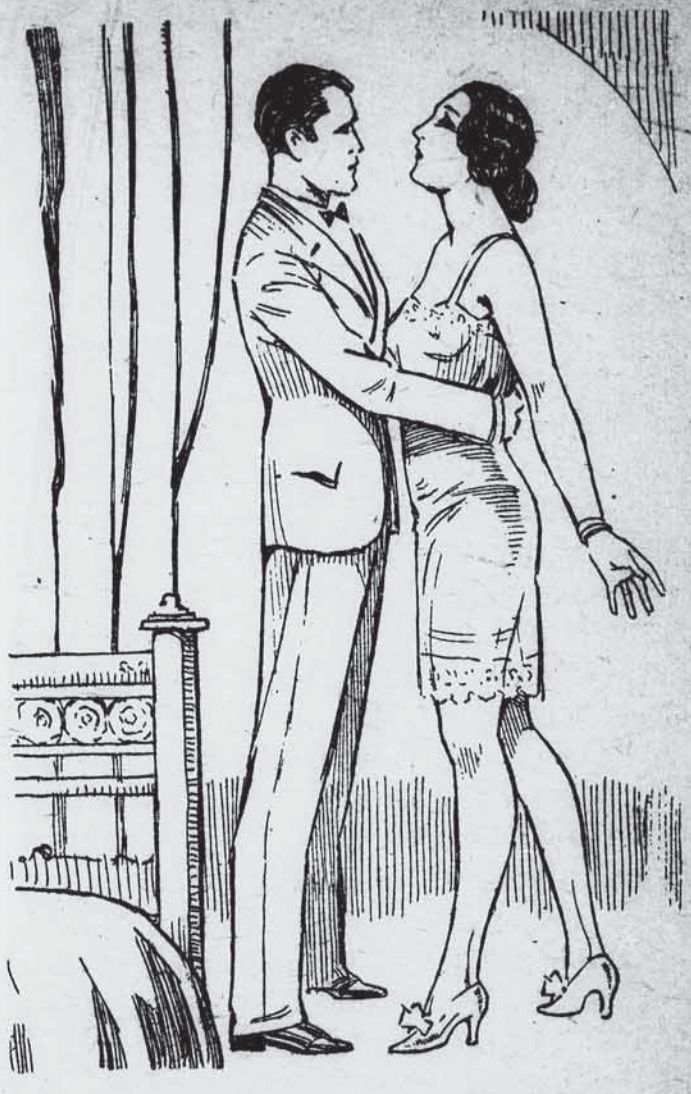
—No me engañas, ¿verdad?... Porque si me engañas..., ¡ay de ti!... Viejo y todo como soy...

—No eche bravatas, don Jerónimo; yo no tengo miedo a nadie. Además, ¿a qué engañarle? ¿No le digo que usted lo va a ver con sus propios ojos? Pero ha de ser en seguida.

—¿Cómo en seguida? ¡Ahora mismo! ¿Qué quieres tú?

—Cinco mil duros—repuso Serafín sin vacilar, seguro de que el vejete se los iba a poner en la mano.

—Ahora mismo te los doy. Vamos para abajo. ¿Tienes un coche, no?



Se sentía envuelto en una ola de tibieza.

—Sí, señor.

—Pues no se hable más. ¡Vamos!

Salieron, en silencio ya, y no hablaron ni una palabra mientras el auto los llevó hacia la calle de Sevilla.

El vejete, como buen avaro, no había entregado todo su dinero a su mujer; en el Banco de Bilbao tenía una caja de alquiler y una cuenta.

Don Jerónimo puso rápidamente en las manos del bohemio los cinco mil duros, no sin decirle antes:

—¡Bueno, tú respondes, ¿eh?, de que eso es verdad!

—¡Caramba, ahora mismo va usted a verlo! —repuso el hampón guardándose el dinero con indescriptible regodeo.

De nuevo el coche corrió por las calles del centro, y unos minutos después ambos se apeaban a la puerta del conocido *meublé*.

Don Jerónimo se había traído más dinero en su cartera, y en cuanto se enfrentaron con el criado que les salió al encuentro, el vejete le puso una mano en un hombro, diciendo:

—¡Es preciso que nos lleve usted a la habitación donde está esa señora rubia con ese muchacho moreno!... ¡Pídame usted lo que quiera!

El criado intentó protestar.

—¡Si no da usted más señas!... Además, el *amo* no quiere escándalos aquí, y yo, francamente, no puedo...

Pero el millonario le atajó; le puso un billete de mil pesetas en la mano y le empujó hacia adelante, murmurando:

—Guárdese usted eso por lo pronto; luego le daré otras mil todavía...

El mozo creía soñar. Loco de alegría, guió a los dos personajes a lo largo de un pasillo alfombrado, donde los pasos se perdían en un levísimo rumor.

—¡Aquí es!—dijo luego en voz de soplo y deteniéndose ante una puerta.

Por el tragaluz de la puerta altísima se veía la claridad de una bombilla eléctrica, de un suave color de caramelo.

Serafín miró por la cerradura.

—¡Mire usted, mire usted!...

El viejo se agachó. Los amantes, enfebrecidos de deseo, no habían tenido la precaución de tapar la cerradura; y el lecho de pecado se enmarcaba por completo desde aquel puntito de luz.

Don Jerónimo vió a su mujer y a Dionisio. Estaban entregados a toda la indecencia, con la alegría inmensa de la impunidad, hundidos en todas las locuras y los refinamientos del vicio...

De pronto, el mozo y Serafín, que se miraban divertidos, conteniendo a duras penas las pufaradas de risa que les escarabajeaban por todo el cuerpo, oyeron un leve gemido y vieron a don Jerónimo que se desplomaba, inerte, al suelo.

Se armó un tumulto. Serafín, cuando se cercioró de que el viejo había muerto, huyó de la casa

de citas elegante y se perdió por los alrededores del Callao. Iba loco de alegría. El mozo, mientras tanto, tuvo que avisar a las gentes de la *casa*. Se guardó muy bien de contar lo que había ocurrido. Y los amantes, poco después, al enterarse del suceso, huyeron también del hotel, despavoridos.

Aurora envió poco después por el cadáver, y como la mujer no contaba el dinero, se hizo ver que don Jerónimo había acudido a la casa de citas para engañar, sin duda, a su mujer con alguna *pájara* de cuenta.

* * *

El entierro fué al día siguiente, en Madrid mismo. Y Aurora quiso que lo presidieran, con otros paisanos respetables, Dionisio y Serafín, que marchaban juntos en la hilera, vestidos con trajes oscuros.

Aurora, una semana después, abandonaba Madrid en dirección a Suiza y Alemania. Iba a viajar para distraerse. Con ella, a fin de ir, tal vez, *ensanchando el negocio,* y para que la resolviera todos los asuntos, se llevaba a Dionisio de secretario particular...

FIN

